

Otra de las reglas, de la que Alicia no se dió cuenta, era que siempre caían de cabeza; el combate finalizó cuando ambos cayeron en esta forma, uno junto al otro. Ya de pie, diéronse la mano; entonces el caballero rojo montó a caballo y alejóse al galope.

—¡Fué una gloriosa victoria! ¿No es cierto? — dijo a Alicia el caballero blanco que jadeaba.

—Yo no sé — repuso la niña en tono de duda —; además no necesito ser la prisionera de nadie. Lo que yo deseo es ser reina.

—Precisamente, eso ocurrirá cuando hayas cruzado el próximo arroyo — prometióle el caballero blanco —. Debo conducirte sana y salva al otro extremo del bosque..., y luego retrocederé, ¿sabes? Ese es el objeto de mi movimiento.

—Muchas gracias. ¿Puedo ayudarte a que te saques el yelmo?

Era evidente que no lo habría hecho por sí solo, de modo que Alicia lo ayudó como pudo, y por fin lo libró de él.

—¡Ahora respiro! — suspiró el caballero, y se echó atrás el enmarañado cabello, después volvió hacia Alicia su gentil rostro y sus dulces ojos azules. La niña pensó que en su vida había visto un soldado tan extravagante.

Iba vestido con una armadura de hojalata que, al parecer, lo molestaba bastante; cruzado sobre la espalda llevaba un estuche de estructura rarísima, puesto al revés y con la tapa colgando. Alicia lo contemplaba con curiosidad.

—Advierto tu asombro al ver mi estuche — dijo el caballero, muy amable —. Es un invento mío para guardar la ropa y los emparedados. Lo pongo al revés, como habrás visto, por la lluvia, así no entra el agua.

—Pero los objetos se pueden caer — observó Alicia,

también muy amable —. ¿Sabes que la tapa está abierta?

—No lo sabía — dijo el caballero, y una sombra de disgusto cruzó por su rostro —. De seguro que todo se habrá caído. Y sin nada adentro, el estuche es completamente inútil. ¿Para qué sirve? — prosiguió, al mismo tiempo que lo desataba; luego hizo ademán de arrojarlo contra la maleza, pero una idea repentina pareció detenerlo, y, con mucho cuidado, lo colgó de un árbol. — ¿Adivinas por qué lo hago? — preguntó a la niña.

Alicia dijo que no con la cabeza.

—Pues para ver si las abejas hacen una colmena... Después recogeré la miel.

—¿Pero eso que llevas atado en el arzón, no es una colmena, o algo que se le parece? — observó Alicia.

—Sí, es una colmena auténtica — afirmó el caballero con aire despreocupado —. Y de la mejor calidad, pero ni a una triste abeja se le ha ocurrido acercarse a ella... Lo otro es una ratonera. Y discurro que tal vez los ratones ahuyenten a las abejas... o las abejas ahuyenten a los ratones... ¡Vaya uno a saber!

—Precisamente, me preguntaba para qué podía servir esa ratonera. No creo probable que haya ratones encima de los caballos.

—Quizá no sea probable, pero si se presentan, no me gusta verlos corriendo de aquí para allá. Como ves, lo prevengo todo — prosiguió luego de una breve pausa —. Tan previsor soy, que hasta le he puesto al caballo tobilleras en las cuatro patas.

—¿Y para qué son? — preguntó Alicia intrigada.

—Para que no lo muerdan los lobeznos. Es también invento mío. Ahora ayúdame. Iré contigo hasta el otro extremo del bosque...

—¿Y esta bandeja, para qué es? — interrogó Alicia que, muy curiosa, examinaba el raro equipaje.